

Brava y rebelde

Mariana
Fabello

*La lucha de una mujer
por su libertad*



Brava y rebelde

*La lucha de una mujer
por su libertad*

Mariana
Fabello



Novela_

EL GUARDIÁN LITERARIO

A Salva, Pepe y Clemente, mis únicos motivos.

A Fernando, mi compañero de baile y de vida.

A mi madre, mi lectora más fiel, la admiradora silenciosa.

Y a mi padre, mi memoria más vivida, mi espejo.

*Con especial cariño a mi abuela Hilda, por llevarme a mi primer
encuentro de poetas y por enseñarme el amor por Mar del Plata.*

“Soy todos los lugares que en mi vida he amado”.

Canto

SILVINA OCAMPO



Prólogo

Mar del Plata, febrero de 1975

Paseaba por la bahía mi embarazo de cuatro meses. El vestido breve color manteca, de breteles con volados, caía suelto sobre mi vientre, ligero, casi infantil. Todavía me permitía esas excursiones cargadas de nostalgia. De pie, en la pasarela de madera, mi cabeza volaba desbordada de pensamientos, de emociones. No olvidaba la libertad que me había habitado y que frente a ese mar ya no estaba. Todo había ocurrido de repente. Me sentí expulsada del mundo tal como lo conocía. Le cerré las puertas al amor irreflexivo, al que no me conducía a lugares ciertos y me lastimaba.

Mi hijo de tres años llenaba un balde celeste con caracoles apenas unos pasos delante de mí. Esa tarde, esquivando algas, cansada por mi estado y hastiada de tanto revolucionario, repasaba mi vida atravesada por los mandatos y por mis propios deseos. Me sentía abrumada, me sentía triste.

Antonio con su gorra roja desafiaba con pequeños saltos las olas que llegaban a la orilla. Cada tanto giraba su mirada hacia mi panza, curioso, inquieto. Tenía el marrón de mis ojos, el color de mi pelo, la marca de mi sonrisa, la que yo había perdido hacía meses. Esa mueca que volvía a mí en tiempos de libertad, de insolencia, de carnaval. Sobraban las palabras en esa caminata de mar, algunas indicaciones necesarias cuando mi hijo se aventuraba detrás de la espuma más allá de lo prudente. Desde niña

fui mágica con las letras, los acentos y la elección de las palabras, pero esa tarde dije sólo las indispensables. Me dejé invadir por el pasado que en aquella geografía se hacía inevitable. La imagen de la joven danzante que llegaba a la playa con sus cuadernos y la pluma de su padre volvía a mí en forma recurrente.

Me incliné con suavidad, cuidando mi panza, para ayudar a mi hijo a recoger restos de una estrella arrastrada por la marea. Una rareza en aquella bahía. Me incorporé y el olor del mar me trajo recuerdos salvajes y entrañables que se cruzaban con los del espanto. Mis fotos en el muelle, el vestido *Liberty* de aquel verano, la sombrilla a rayas verdes y blancas, las bicicletas, mi padre en el parque San Martín, mi hijo en el parque San Martín, el vestido de seda natural plisado y una boda forzada. El ruido de la explosión de un coche que no oí porque estaba muy lejos, el miedo en nuestros ojos en las calles de París, Chopin, un piano de una abuela, el perfume a azaleas. Cargaba todo eso dentro de mí. Mis memorias me enfrentaban a la playa sin gente, al abismo ante el futuro. El pasado me llevaba a ese embarazo en soledad.

Mientras Antonio jugaba con la estrella a mi lado, me senté en las piedras. Giré mi cabeza sorprendida por el clic de una cámara de rodaje, lista para capturar imágenes, para ir y venir en el tiempo. Por el rabillo del ojo lo confirmé: alguien rodaba la película de mi vida, mi historia para mis hijos, Antonio y Elvira. Los únicos que necesitaban saberlo todo.

Febrero, 1968

13

Brava y rebelde

Con más certezas que dudas, Isabel Bernasconi partió en el vuelo de las cinco de la tarde hacia Roma. La esperaba un largo trayecto hasta aterrizar en Fiumicino. Primero, una escala en Dakar y nunca se sabía cuánto estarían en África. Las quince horas de viaje previstas podían convertirse en muchas más. Atenta al rugido de las turbinas revisaba en su cuaderno las indicaciones para el arribo. Con apenas veinte años, el recuerdo de la despedida con sus padres la invadió durante el despegue. Repasó cada gesto, cada palabra, cada entonación.

—Mamá, ¡prometo escribirte! El vestido lo dejo en tus manos. ¿Quién mejor que vos? —Isabel, impaciente, se despidió de su madre con frases cortas. Sus palabras revelaban una evidente indiferencia ante la boda. Los preparativos del casamiento no eran su prioridad.

—Ya tengo el boceto y será de seda natural plisado. Serás la novia más radiante de Buenos Aires. Y yo la madrina más elegante. Te mandaré una carta o un telegrama si llego a necesitar algún dato, aunque no va a hacer falta. —Deslizó la madre con voz suave pero firme mientras la estrechaba en un largo abrazo. Teresa Lorenzi pasaba sus horas abocada a cada detalle del enlace. Dirigía un distinguido atelier en el barrio de Belgrano, por donde desfilaba buena parte de la alta sociedad porteña, sin

embargo, durante esos meses sus ojos sólo estaban puestos en el ajuar de su hija.

—Gracias, mamá. Tenemos tiempo de sobra.

Isabel asintió con escaso interés, sus pensamientos vagaban lejos. Su cabeza ya estaba en Europa hacía tiempo.

—No lo veo a Luis, hija —dijo Teresa sorprendida mientras recorría el hall con la mirada. A semanas de la fiesta de compromiso celebrada en su casa, no entendía la ausencia del novio.

—Le pedí que no viniera. Nos despedimos anoche después de la cena —mintió Isabel. Su prometido apenas le había deseado éxitos en su pasantía y no había demostrado ninguna intención de ir al aeropuerto.

—¡Mirá que son raros, ustedes dos! ¡Cuidate mucho! —exclamó Teresa estrechando a su hija una vez más.

—Te quiero, mamá —expresó Isabel con suavidad y otra vez se dejó abrazar mientras buscaba los ojos de su padre.

—Vení acá, querida. Escuchame con atención: el auto te llevará directo al departamento de Sassi, un estimado colega romano. Hace tiempo que el piso lo ocupa su sobrina Anna. Ella será tu anfitriona.

Mauricio Bernasconi impartió instrucciones precisas para la llegada mientras tomaba a su hija por los hombros en señal de protección. La determinación de su voz no ocultaba la emoción que lo invadía por dentro.

—¡Sassi! No voy a olvidar ese apellido. Tranquilo, papá.

—*Ecco!* Ahora oíme bien. *Tú sei brava*, Isabel Bernasconi, y alcanzarás las metas que te propongas. Y a la vez muy joven. En Europa se viven tiempos de confusión. Lo sabés tan bien como yo.

—No te tenés que preocupar, papá. Sólo me ocuparé de trabajar y de aprovechar esta oportunidad al máximo.

—Lo sé. ¡Pero abrí bien los ojos! No te equivoqués de bando. Vas para aprender, no para tomar partido —sentenció el periodista

con firmeza. La adoraba y aunque confiaba en su criterio, no olvidaba su juventud. Él la había impulsado a cruzar el océano.

—A eso voy, papá. ¡A aprender!

—Vení acá otra vez. ¡Lo que voy a extrañarte, querida! ¡Estoy tan orgulloso!

Durante el vuelo la invadieron la exaltación y una ocasional tristeza por alejarse de su entorno. Sin embargo, su audacia, la ilusión de años y el aliento de su padre se impusieron. Había llegado el momento y no había ni boda ni novio que pudiera frenarla. Desde muy chica, pasaba horas en la biblioteca familiar recibiendo un legado que calaba profundo. Tampoco, habían sido en vano las mañanas de lectura de periódicos compartidos. Isabel volaba al viejo continente empapada de la problemática reinante.

—*Benvenuta, signorina* —la saludó el chofer cuando la joven se detuvo frente al *cartelino* con su nombre. Tenía la misión de conducirla a *Della Vittoria*, un barrio residencial cercano al Vaticano, a orillas del Tíber.

—*Mi scusi, sa chi canta questa canzone? Come si chiama?* —Aún tomada por la emoción del arribo, la capturó la música que sonaba en la radio. Se animó a preguntar por el nombre de la canción en perfecto italiano. Hablaba ese idioma desde niña.

—*“Non pensare a me”, signorina. Iva Zanicchi ha vinto San Remo l’anno scorso.*

—*Ma che bella canzone.* —Isabel reconoció el nombre de la cantante ganadora del famoso Festival de San Remo del sesenta y siete. Envuelta en la melodía volvió sus ojos al camino. La vista era perfecta desde la ventanilla trasera del Fiat 1500. Al cruzar el Tíber le preocupó ver pocos rastros de la Roma de los libros. En cuanto bajó del auto se aseguró de estar en el lugar indicado, un suburbio de los más elegantes de la capital italiana. Alzó la vista y descubrió el edificio de fachada clara y arquitectura moderna, de

amplios balcones redondeados y persianas de color verde. Empujó con delicadeza el portón de hoja doble y espió su imagen en el reflejo de la puerta interna de vidrio. El blazer, la camisa de seda rosa viejo y el pantalón sastre todavía lucían prolijos a pesar de las horas de vuelo. Un tapado de paño, zapatos y cartera de *Perugia* completaban el atuendo. Dio un suspiro para espantar el cansancio, retocó su peinado sostenido en una vincha y arrastró su valija hasta el *terzo piano*. Caminó por un largo pasillo hasta la puerta con la placa *Massimo Sassi* y no dudó en golpear. Una joven pelirroja en pantalones patas de elefante y blusa de colores le abrió la puerta. Isabel calculó que tendría unos pocos años más que ella. El contraste inicial fue notable, la encontró diferente de cualquiera de sus amigas de Buenos Aires. Aquella mujer desprendía un aire de frescura y desenfado extremo.

—*Ciao, cara. Ma guarda come sei bellissima!* —La anfitriona dio la bienvenida a la recién llegada con una sonrisa amplia. La abrazó con desparpajo esquivando el brazo de la argentina extendido con formalidad.

—*Grazie mille* —respondió Isabel, alagada por el cumplido. Desde el primer momento, agradeció en su interior el desenfado de la italiana.

—*Vieni!* Te muestro tu habitación, deja ahí la maleta. —Anna condujo a su huésped por el interior del piso sin dejar de hablar. Se deslizaba con gracia por el pasillo, parecía flotar. El cabello colorado enmarcaba un rostro fino, de pómulos altos y ojos negros muy grandes de mirada inteligente. Era tan alta como su invitada aun descalza.

Isabel observó su cuarto con ojos curiosos. Le gustó descubrir aquel ambiente luminoso y de aspecto desordenado. Acomodó su valija junto a un pequeño escritorio y colgó el abrigo con delicadeza en el ropero. Fijó su mirada en el ventanal que miraba a la *via Ciro Menotti* hasta que la voz de Anna la alejó de aquella

contemplación. Volvió a la sala y se sentó junto a ella en el sofá de tres cuerpos que dominaba el ambiente.

—¿Qué canción es esta? —preguntó Isabel en perfecto italiano. La música local la tenía capturada desde que había aterrizado.

—*Nessuno*, de Mina. Es una canción de finales de los cincuenta que seguimos bailando por estos días. *Vuoi una sigaretta? ¿O un aperitivo?* —Anna respondió entusiasmada mientras procuraba la comodidad de la recién llegada.

—Te aceptaré el trago. ¡Lo necesito para relajarme un poco! —Isabel rechazó el cigarrillo, fumaba muy poco, sólo en reuniones sociales. Se quitó el blazer que la encorsetaba, extendió su brazo y tomó la copa de *Campari*.

—¡Buena decisión! ¡El trago y ese saco que te quitaste! Necesitas aflojarte después de un viaje tan largo.

—Anna, ¡cuántas fotos! Parecen tomadas por un profesional. —Isabel resaltó con admiración mientras recorría las paredes del living con la mirada. Se detuvo en los retratos en sepia que se mezclaban con las esculturas de mayor porte.

—¿De verdad te gustan? Las esculturas son de mi tío, pero las fotografías las tomé yo. ¡Es mi gran pasión! —La anfitriona agradeció el cumplido, halagada.

—Siempre me fascinó esta rama del arte, la magia de capturar momentos. Aspiro a ser una gran periodista y las imágenes son muy importantes para transmitir la noticia. Pueden reemplazar a la palabra escrita, hablar por sí solas.

—Las fotos son mi refugio, mi plan de vida —dijo Anna con un dejo de nostalgia por los deseos postergados.

—¿Y qué esperás? Mirame a mí. En Buenos Aires tengo una boda en marcha y un novio en desacuerdo con esta oportunidad. Sin embargo, soy muy feliz en este sillón —disparó Isabel, poniendo su vida sobre la mesa el mismo día de su llegada. El italiano fluía de sus labios con una naturalidad que ella misma encontraba extraña.

—*Complimenti!* Aunque esto es distinto. Mi cabeza está puesta en la problemática que nos envuelve. Me aceptaron en una revista de moda en Milán, y les pedí tiempo.

—¿Hasta cuándo podés quedarte acá?

—¡Ja! Con Massimo, mi tío, nunca se sabe. Es un *bon vivant* y un revolucionario con su pluma. Pero no me apura. ¿Has escuchado hablar de él?

—Muy poco. —Isabel respondió distante sobre Sassi. Sabía que era un colega europeo de su padre y que se profesaban mutuo respeto. Lo había visto en alguna foto con Bernasconi y al recordarla confirmó lo bien que le calzaba el título de *bon vivant*.

—Es escandalosamente atractivo y no hay mujer que logre atraparlo. No necesita este piso, ¡gracias a Dios! No podría irme de Roma todavía.

—¿Y si regresa de improviso?

—Tiene otro más al norte con vistas al Tíber.

—¿Por qué no podés irte? ¿Qué es lo que te frena?

—El mundo a mi alrededor me frena. ¿Es qué no lo ves? No podría irme detrás de un sueño tan frívolo y abandonar batallas importantes. —Anna no eludió la respuesta. No estaba dispuesta a dejar atrás las tertulias con sus amigos de *La Sapienza*. Ese piso le permitía recibir compañeros, ser parte del movimiento social y político de esos días.

—Aunque podrías dejarle la revolución a los que saben del tema.

—*Cara*, lo irás entendiendo de a poco —respondió Anna entre incrédula y tolerante por lo que acababa de escuchar. Comprendió que su invitada estaba apenas arribada a la ciudad.

—No veo la hora de pisar el diario —soltó Isabel con ilusión ante aquel panorama enredado y apasionante.

—¿*Il Divenire*? ¡Ja! La visión real del mundo no te la darán allí.

—Anna sentenció con sarcasmo. Miró a la recién llegada y eligió moderar el tono ante la expresión abrumada de la argentina.

—Ya veremos. —Isabel contestó con prudencia, aunque dejando entrever un leve desafío en su respuesta. Tomaba notas mentales mientras escuchaba con atención cada palabra.

—Tendrás la mejor de las combinaciones. Alguno de mis amigos son estudiantes de letras, otros profesores, y hasta un fotógrafo de *l'Unità*. ¡Eso! *L'Unità*. Hoy mismo deberías empezar a leerlo.

—*L'Unità*, no lo olvidaré ¿Qué hora es acá, Anna? Tengo hambre. —Isabel movió el eje de la charla incómoda ante la mención de aquel periódico. Sabía que se trataba de un diario italiano ligado al Partido Comunista y las palabras de su padre sobre los bandos en choque volvieron a su mente.

—*Dai, cara!* Vamos a dar un paseo por la ciudad, almorzaremos en el camino. —Anna la animó a salir del departamento.

—¡Excelente idea! ¿Podremos pasar antes por el correo? —La argentina aceptó el plan, sin olvidar su promesa de escribir anunciando su llegada.

Tan pronto bajaron las escaleras se mezclaron con las amplias avenidas repletas de pinos romanos. En la oficina de correo, Isabel le escribió un telegrama a su padre y otro a Luis. Eligió guardar las formas con su novio. Sería su esposa en poco más de un año. Cruzaron el río por el *Ponte Matteotti* y a paso firme caminaron hasta *Piazza del Popolo*. En medio de esa plaza, sintió los olores, los colores y los sabores de la ciudad eterna colándose por todos los rincones. Hicieron un alto en la *Basilica de Santa María del Popolo*. Isabel, católica practicante, se arrodilló por algunos minutos en la capilla Cerasi. A *La Asunción de la Virgen* de Carracci le encomendó sus proyectos y sus sueños. La rodeaban *La Conversión de San Pablo* y *La Crucifixión de Pedro* de Caravaggio.

Anna la acompañó en silencio. La miraba escéptica, hacía tiempo que se había alejado de su fe. Tras bajar los escalones de la iglesia, decidió interrumpir el clima de recogimiento y cortar el encanto de una vez.

—Conozco un lugar con las mejores recetas de Roma y las mesas en la vereda. Ideal para esta tarde de sol.

—*Dai!* ¡Vamos! —Isabel aceptó desbordante, llevaba horas sin comer. Había sobrevivido a fuerza de *Campari* y la idea de sentarse a ver gente pasar la tentaba.

Disfrutaron de un almuerzo tardío acompañado por dos copas de vino tinto; después, una caminata a paso acelerado, arrastradas una por la otra, en el afán de Isabel de tragarse la ciudad de golpe. La encontraba caótica, pero con un caos mágico. Con cada palabra de la italiana sobre los principales puntos de interés, la argentina descubría pedazos de historia uno encima del otro. Antes de regresar a *Della Vittoria* hicieron una parada en *Piazza di Spagna*. Sentada en las escalinatas sintió una emoción renovada. Nació allí su vínculo entrañable con la ciudad.

Regresaron con el frío del atardecer sobre sus hombros. Isabel se desabotonó el abrigo, lo apoyó con delicadeza sobre una silla. Colgó con especial cuidado el trajequito que luciría al día siguiente en la redacción del diario y se dejó caer sobre la cama para sacudirse el cansancio. Le sorprendió encontrar en su mesa de noche *Il sesso inutile - Viaggio intorno alla donna (El sexo inútil)* de Oriana Fallaci. Anna le había dejado uno de los títulos más celebrados de la periodista italiana como regalo. Lo atrapó entre sus manos y sonrió agradecida por la sorpresa. Había oído hablar de ese libro sobre la condición de la mujer en Oriente. Lo puso encima de *Los burgueses* de Silvina Bullrich que había llevado con ella desde Buenos Aires. Sin embargo, ese día eligió no leer, le costaba concentrarse; disfrutó de esos nuevos momentos de paz. Sólo interrumpió su descanso, atraída por el olor de una buena pasta que llegaba de la cocina. No hubiera imaginado un mejor cierre para su primer día en Roma.

Isabel eligió perderse por las enredadas calles de la ciudad tras su debut como pasante. *Il Divenire* tenía su sede a medio camino entre *Piazza di Spagna* y la *Fontana di Trevi*. Le gustó observar a la gente a su paso, sentirse una más. Las jóvenes con las que se cruzaba lucían un aire descontracturado y un espíritu de libertad que a ella le faltaban. Todas parecidas a Anna. Al día siguiente le pediría a su amiga unos de esos pantalones modernos para volver al diario. Se compró un *gelato al pistacchio*. Su trabajo como aprendiz no había comenzado de la mejor manera. Pasó la tarde sentada con el equipo dedicado a temas de mujeres y sociedad. Ansiaba escribir en la máquina *Olivetti* verde que ocupaba la mitad de su escritorio, aunque no llegó a tocarla en todo el día. Estuvo horas en el archivo buscando información para otros periodistas. Se preguntó si su aspecto elegante habría sido la causa de aquella confusión. Estaba convencida de que no había cruzado el Atlántico para ocuparse de frivolidades. Su jefe no la había tenido en cuenta como ella esperaba en su primer día. Pensó que era parte del proceso de la pasantía y abandonó la redacción con cierta desazón. Volvió al *gelato*, su aliado esa tarde, mientras recuperaba el espíritu y se dejaba atrapar por los primeros colores de la caída del sol. Roma le regalaba su primer atardecer ocre en las puertas de la *Trinità dei Monti*. De regreso, cruzó el puente y reconoció enseguida las amplias avenidas de pinos marítimos. Llegó de noche y subió las escaleras hasta el tercer piso casi arrastrándose en busca de descanso. No tenía llaves aún, así que golpeó y esperó. Se escuchaban voces desde el interior, pero nadie respondía. Insistió con más fuerza. Le abrió la puerta una joven con un mentolado en la mano.

—*Ciao, sono Francesca* —anunció con desenfado y le plantó dos besos, uno a cada lado de la cara.

—*Ciao, sono l'amica di Anna* —contestó Isabel perturbada mientras espantaba el humo con un gesto de su brazo.

—Ella está en el balcón, ¡y tú, *cara*, qué elegancia! ¡Parece que en América todavía usan esos trajes a toda hora!

Isabel ignoró el comentario mientras atravesaba con la mirada el living poblado de desconocidos.

—*Un attimo!* Déjame presentarte a mi novio. *Amore, vieni qui!* Ella es Isabel, la amiga argentina de Anna —insistió Francesca, tironeando del brazo a un joven que debatía con fervor en un rincón de la sala—. Marco Brunoni trabaja como fotógrafo para *l'Unità* y como profesor en *La Sapienza*. También es pianista.

—¡Ah! ¡Qué bien! —respondió la argentina, descolocada por la inoportuna introducción. Tuvo ganas de escapar de aquella mujer que no dejaba de hablar. Recordó a medias la conversación de la noche anterior sobre el grupo de amigos universitarios.

—Isabel, *buonasera*. Anna me ha hablado de ti. Te imaginé algo formal, aunque no tanto. ¡Cuánta solemnidad! —Marco arremetió con un marcado acento romano.

La recién llegada giró la cabeza y se enfrentó a la mirada de ese joven que la recorrió de arriba a abajo con un halo de superioridad.

—Este traje es del atelier de mi madre. ¡Pero qué les podría importar ese detalle! —Isabel contestó desafiante, sin poder permanecer indiferente ante aquella figura. Lo vio tan rubio que, a primera vista, habría podido tomarlo por un muchacho de un pueblo de los Alpes, aunque su entonación romana no dejaba lugar a dudas. De niña había aprendido a reconocer ese acento junto a su padre y su abuelo.

—¿Una cerveza? —El joven bajó la voz en un intento por moderar el tono de la charla. Llevaba una camisa blanca arremangada y un pantalón campana.

—Sí, *grazie*. ¡Podría ser todo lo que necesito esta noche! —agradeció el ofrecimiento, lo miró y descubrió la profundidad de sus ojos verdes. Se avergonzó por observarlo con tanto detenimiento.

Tomó el vaso y en una maniobra extraña la mitad de la cerveza se derramó sobre su trajecito color lavanda.

—*Scusa!*

—No me pidas disculpas. Es la señal que necesitaba para sacarme esta ropa de encima. ¡Ya no la aguanto! —Isabel anunció sonrojada y se dirigió al balcón en busca de ayuda.

—Me dijo Anna que te interesa saber más sobre mi trabajo en *l'Unità*. ¡Regresa!

—Necesito cambiarme... —respondió con fastidio. Mientras cruzaba la sala la invadieron pensamientos incómodos. Había algo en ese joven enigmático y de aspecto revolucionario que le despertaba curiosidad. Llegó al balcón y una bocanada de aire interrumpió sus reflexiones. La encontró a su anfitriona, abrazada a un joven con barba de días.

—*Scusa*, Anna. Necesito ir a tu ropero...

—Por supuesto, *cara*, toma lo que quieras. —La pelirroja accedió, casi sin mirarla, perdida en la conversación de su compañero de turno.

Isabel suspiró aliviada. Buscó el corredor que la alejaba del living y se dirigió a la habitación de la italiana. Se quitó el *tailleur* manchado y lo dejó sobre una silla. Abrió el armario y la elección le resultó provocadora y divertida: un pantalón ancho, una blusa de gasa en tonos coral y unos tacos con plataforma. Recogió su pelo en una media cola, se miró al espejo y sonrió. Apagó la luz y cerró la puerta detrás de ella. De repente la invadió la sensación de habitar el cuerpo de otra Isabel y le gustó: se sentía vestida con una piel nueva. Se estremeció. Recorrió el pasillo de regreso a la sala, donde cuatro jóvenes con aspecto de profesores discutían con pasión en un rincón. Vio que su amiga seguía en el balcón y no quiso interrumpirla. En el sofá *Chesterfield*, Francesca, la joven del mentolado, se mostraba muy cariñosa junto al fotógrafo. Buscó hacerse transparente y se dirigió a la cocina. Se inclinó para

buscar algún bocado en la heladera cuando el mismo acento volvió a sorprenderla.

—*Ecco, proprio un'italiana!* —soltó el romano, casi sin respirar, atrapado por el halo enigmático que envolvía a la recién llegada. Se había levantado del sofá en cuanto la había visto pasar.

—Fotógrafo, profesor, pianista y ¿qué más? —preguntó irónica Isabel, aunque hubiera preferido no interrumpirlo. Le gustaba escucharlo. Ella no había vuelto a utilizar el español para comunicarse, y hablar en italiano parecía suavizarle la timidez.

—Esta noche puedo ser el que elijas —respondió con voz calma desplegando una gran seducción.

—Como quieras.

—Tienes que entender lo importante de los tiempos que corren. Se lo contarás a tus nietos algún día —dijo Marco sin preámbulos. La pasión que le provocaban sus convicciones le hacía mover las manos de un lado a otro.

—Contame todo, pero habla pausado, necesito entender cada detalle. —Isabel reconoció de inmediato que estaba frente al bando equivocado, como había anticipado Bernasconi. Pronto entendió que lo que terminaba escrito en *l'Unità* se gestaba en departamentos como el de Anna. Brunoni trabajaba para el diario de los intelectuales de izquierda, en las antípodas de los ideales políticos de su familia en Argentina. Su padre jamás hubiera aprobado aquel dialogo con un comunista. Sin embargo, ya estaba enredada y dispuesta a abrir su cabeza. Le gustó sentirse envuelta en el ambiente de rebeldía que dominaba aquel piso. Pensó que olvidar los mandatos por un rato no le haría daño a nadie.

—¿Cuánto tiempo tienes para dedicarme? Porque creo que para traerte a esta Roma no me bastará con una noche.

—¡Empecemos ya! ¿Te molesta si ceno mientras me contás? Estoy muerta de hambre.

—Claro que no, ¿pero no irás a comer sólo eso? *Ti faccio la pasta in un attimo*. Si algo hacemos bien los romanos son los mejores *tonnarelli cacio e pepe* —insistió Marco señalando el sándwich de jamón y queso en el plato de Isabel.

—¡Qué honor! Acepto encantada —respondió incrédula y entusiasmada por el ofrecimiento.

—¿Por qué Roma? ¿Por qué no Milán, Turín?

—Mi padre siempre tuvo vínculo profesional con esta ciudad. Su rol de periodista lo trajo de visita en varias oportunidades y sus principales colegas continúan ligados a la prensa de aquí. Me gusta la idea de seguir sus pasos.

Isabel permaneció en silencio mientras Marco se arremangaba la camisa para desplegar sus destrezas con la pasta. Ella sabía que los primeros movimientos universitarios habían surgido en el norte del país y le pareció lógica la pregunta de él. Pero en su interior sentía que, en Roma, estaba en el lugar y en el momento indicado. Había leído sobre lo ocurrido en *La Sapienza* en el sesenta y seis y dudó si aquello había sido sólo un bosquejo de los años que seguirían.

—¿Qué pasó en la universidad en el sesenta y seis? —disparó Isabel sin rodeos producto de sus cavilaciones. Buscaba conocer los detalles de boca de un local.

—¡Qué pregunta! Veo que estás bien informada. En aquel momento, los disturbios los provocaron activistas neofascistas. Se renovaba el organismo de representación estudiantil. En medio del caos, Paolo Rossi, un estudiante del Partido Socialista Italiano, cayó desde lo alto de un muro y murió.

—¡Ay, Dios! ¿Estuviste ahí? —Isabel preguntó con ojos alarmados.

—No. Me lo contaron y no he podido olvidarlo. Esa muerte me marcó. Paolo podría haber sido cualquiera de nosotros. Pero, hálbame de ti. —Suavizó el tono de voz y le regaló una sonrisa con los labios cerrados.

—¿De mí? ¡No hay mucho! Estudio Letras, aunque el periodismo es mi pasión. ¡Es a lo que quiero dedicarme, como mi padre! Él dirige uno de los diarios más prestigiosos de Argentina.

—¡Interesante y un gran desafío! —exclamó atento a cada palabra de ella.

—También fue corresponsal en Europa y aún conserva relaciones de esos tiempos. El tío de Anna, por ejemplo —continuó Isabel ensimismada en su propio relato.

—*Certo!* Por eso te hospedas aquí.

—Si no tomaba esta oportunidad en *Il Divenire*, no hubiera podido hacerlo más adelante. La iglesia, el vestido, los invitados. Me caso el año que viene. —Isabel compartió con naturalidad fragmentos de su vida.

—¿Te casas? ¿Qué tipo de hombre deja ir tan lejos a su futura esposa?

—Luis no estuvo de acuerdo, pero a mí no me importó. ¡Qué pregunta!

—Tienes razón. Disculpame.

—Tal vez lo tuyo no es muy diferente. Tu novia da vueltas por el living, quién sabe con quién, y vos cocinás una pasta para una desconocida. —Isabel respondió con ironía, hablaba con un desenfado inusual en ella.

—Yo no tengo una boda planeada.

—Entonces el título de novio te queda muy grande.

—No lo dije yo. No soy su novio. En cambio, tu sí. ¡Mira ese anillo! Y no será sólo por civil, por lo que has dicho. ¡Qué maravilla que encomiendes tu matrimonio a Dios! —Marco arremetió mordaz al recordar la mención de la boda y la iglesia.

—¿No creés en el matrimonio como sacramento?

—Hace un largo tiempo que sólo entro a una iglesia para apreciar su arte. Ya no me arrodillo a rezar como cuando era niño en *Santa María del Popolo*.

—Entonces, ¿sólo contemplás sus obras como quien va a un museo? —preguntó curiosa mientras enrollaba sus *tonnarelli*. Ella misma había estado arrodillada en silencio en la misma iglesia el día de su llegada a Roma. Lo imaginó como a un niño pequeño cruzando *Piazza del Popolo* y la sorprendió la extraña conexión que sentía con ese hombre. Le gustó tanto como la asustó pensar que esa noche podría ser la primera de muchas. La culpa la invadió.

—¡Exacto! Hoy sigo entrando a la capilla Cerasi pero para admirarla. Si todavía no has ido, una tarde podemos ir juntos.

—Tal vez...

—Y más allá del Panteón, calle arriba, está San Luis de los Franceses, con más obras de Caravaggio. Pequeños tesoros que sólo conocemos los locales. —Marco respondió con franqueza revelando su evidente pasión por el arte.

—Acepto la invitación. —Isabel accedió presa del impulso. Prefirió guardarse para ella su primera tarde en *Piazza del Popolo* cuando en la misma capilla quedó igual de conmovida ante Carracci y Caravaggio. Quería volver allí con él. Le ilusionaba el plan de recorrer juntos la ciudad.

—Te mostraré *la mia Roma*.

—Nacer acá es un privilegio. Tal vez nunca lo pensaste, pero desde que empezaste a caminar, lo hiciste pisando capas de historia, de civilizaciones decisivas para la humanidad.

—Lo he pensado alguna vez, aunque reconozco que no es fácil tener esa perspectiva siendo romano.

—Muchas veces me pregunté si en esta ciudad vivía gente real, qué había detrás de esas fachadas de antaño. —Isabel dejó que sus impresiones de años hablaran por ella.

—Mañana mismo, ¿puedes? Podría buscarte por la redacción a las cinco. —Marco precisó la invitación mientras llenaba su copa.

—A las cinco entonces. ¡Tanto me quedó por preguntarte! —Isabel exclamó con ilusión y asombro. Había aceptado la invitación de un hombre que acababa de conocer.

—Tendremos tiempo de sobra, *cara*. ¡*A domani!*

—¡*A domani! Grazie mille per la cena.*

A la mañana siguiente Isabel logró abrir sus ojos entre los flashes de un sueño que la puso en pie con energía nueva.

—*Dai!* ¡El café está listo! Tengo una entrevista con el equipo de Milán para la revista. Me quedan diez minutos antes de salir.

—Anna llamó a Isabel con urgencia. Se desplazaba eufórica del living a la cocina.

—Dejame verte, date la vuelta. —Todavía con su voz de mañana, Isabel buscó acompañar la exaltación de su amiga.

—¡Estoy tan nerviosa! ¿Cómo me veo? —Anna preguntó en busca de aprobación. Dio un pequeño giro en el centro del salón. Había optado por una falda estampada en colores pasteles y *ballerinas* en los pies.

—¡Perfecta! Justa para la ocasión.

—*Grazie, cara!* —Anna pronunció aliviada y pudo relajar su andar vacilante.

—*Vieni!* El café todavía está caliente. —La argentina la invitó a sentarse junto a ella.

—Ayer, ¡*La Dolce Vita*, Isabel! ¡Hasta te cocinaron! A mitad de la noche, Francesca salió furiosa. No es habitual en Marco dedicarle tanto tiempo a alguien, a menos que...

—¿A menos que qué? Vos misma le hablaste de mi pasantía en el diario, de mi interés por el periodismo. ¿Cómo se te ocurre? Pasamos la noche discutiendo de fe, de iglesias, de la Roma real, de lo que se vive en las calles. El tiempo voló. —Isabel respondió con evasivas, a pesar de sus ojos chispeantes que la delataban.

—*Va bene, va bene.* No hace falta que me expliques. Además, Francesca siempre me resultó irritante y con muy poca cabeza.

—Anna, ¡casi lo olvido! Esta tarde llegaré para la cena. No me esperes antes, no sé calcular las distancias todavía.

—¡Diviértete! Toma lo que quieras de mi ropero. Con el frío y el viento del *motorino* no te aconsejo ni trajecitos ni pantalones sastre.

—Anna, no te entiendo. —Isabel intentó despiatar a su amiga, pero con poca convicción. La mención de la motocicleta no la sorprendió, encajaba a la perfección para el fotógrafo.

—Imagino que el paseo será con Marco. En fin, ¿para qué me meto?

—Anna, *grazie!* ¡Mucha suerte en tu entrevista! —Le devolvió una sonrisa de alivio.

—*Ci vediamo dopo.* —La italiana se despidió con un beso en cada mejilla y partió con paso ligero.

También Isabel debía salir en menos de una hora. Había decidido pasar por *Santa María del Popolo* para hablar con algún sacerdote. Los sentimientos que le provocaba Marco habían empezado a incomodarla. Una buena confesión no estaría mal, pensó. Levantó las tazas del desayuno, se dio una ducha y se plantó frente al armario de su amiga. Sintió que no podía equivocarse la elección: un equipo discreto para el día con el *charme* suficiente para el encuentro de las cinco. Optó por una blusa azul de Anna con un conjunto *tweed* de su propio perchero. Había aprendido de su madre el arte de combinar texturas y estampados.

Isabel tuvo una excelente mañana en la redacción, participó de su primera reunión de edición y hasta se animó a intervenir. Se ganó un par de miradas de respeto por sus intervenciones. Llegó a plantearse que no estaría mal disfrutar de su pasantía en aquel equipo. *Il Divenire* resultaba un excelente lugar para aprender, sin importar la temática del suplemento. Cerca de las cinco, miró el reloj. Corrió a retocarse el peinado frente a un espejo, hasta se acomodó las hebillas de carey. Buscó su cartera, el abrigo y se lanzó a las escaleras con prisa, pero sin perder la clase. En la calle lo vio al fotógrafo, con un cigarrillo en la mano, apoyado sobre su *motorino*. Llevaba un pantalón gris, una polera celeste de cuello alto y botas.

—*Ciao, cara! Ma quanto sei bella. Dai, vieni su!* —Marco la invitó a subirse a su *vespa* mientras clavaba su mirada en la de Isabel que asomaba debajo del flequillo. La veía distinta a todas las mujeres que conocía.

—¿Adónde vamos? —Isabel preguntó tomada con fuerza de la cintura de Marco.

—A San Luis de los Franceses. ¡Quiero que veas esa maravilla! —El joven dio pistas del itinerario previsto. Subía el tono de su voz a medida que aumentaba la velocidad. La primera parada sería en la iglesia nacional francesa de Roma cerca de *Piazza Navona*. Su *Capilla Contarelli* destacaba por el conjunto de obras de Caravaggio.

Durante el paseo por la iglesia, Marco repasó en detalle cada una de las pinturas mientras Isabel lo escuchaba deslumbrada.

—¿Qué enseñás en la universidad? —indagó. Trataba de descifrar a ese hombre de apariencia rebelde y una sensibilidad inédita para ella.

—Me gradué en Filosofía, *cara*. El interés por el arte lo traigo conmigo desde siempre. Todo romano debiera conocer cada plaza, cada iglesia, cada *fontana*, cada obra de los grandes maestros. Aunque contar historias a través de mi cámara es mi verdadera vocación.

—¿Y la llevás a todas partes por si pudiera sorprenderte la noticia? —Isabel preguntó señalando el bolso con el equipo que cargaba Marco.

—¡Siempre conmigo! ¡Vamos! ¡Súbete! Tomaremos algo en el Francés. —La condujo a un bar en el barrio de San Lorenzo, detrás de *Roma Termini* y a pocas cuadras de *La Sapienza*. La universidad era el eje de la política y de los discursos acalorados de los jóvenes de la capital italiana.

Ni bien Isabel puso un pie en el bar, quedó cautivada por el ambiente tumultuoso: jóvenes de pantalones anchos y camisas con estampas, estudiantes universitarios, escritores y artistas, casi

todos fumando mientras sostenían intensas discusiones. La intimidaron algunas miradas, aunque la presencia de Marco, que saludaba con una palmada en la espalda a unos y a otros, le dio una renovada seguridad.

Sentados a la barra tomaron sus primeras cervezas e Isabel comenzó a preguntar sin evasivas.

—Comencemos por el principio. ¿Dónde naciste?

—¡Ajá! Nací en *Roma Prati*, sobre la orilla oeste del Tíber. Hacía el norte ya estás en *Della Vittoria*, tu vecindario por estos días.

—Si le preguntara a la gente de tu barrio cómo eras de niño, ¿qué me dirían de vos en *Il Prati*? —Soltó Isabel en rol de entrevistadora por primera vez en su vida.

—Me gusta esta especie de interrogatorio. Te dirían que soy hijo único y que perdí a mi padre a los cinco años. Que pasé toda la vida, atento a la mirada de mis maestros y de la Iglesia, pero sobre todo a la de mi madre y mi abuela. —El joven romano se abrió sin reservas, sentía una franca comodidad con su interlocutora.

—¡Cuánta enseñanza deben haber sembrado en tu infancia esas dos mujeres! —Resaltó conmovida. Con cada palabra, se metía un poco más en la historia de ese hombre que la había llevado a un local al que jamás hubiera entrado sola. La anti-gua Isabel no lo hubiera hecho. En ese bar olvidó su paso de la mañana por la *Basílica de Santa María del Popolo*, algo cambiaba dentro de ella. Había logrado sacudirse por un rato la mirada de su padre. Lejos de su patria, no necesitaba ser la hija ejemplar. Tampoco pensó en Buenos Aires, ni en las monjas que la habían educado ni en los rígidos esquemas que habitaban su corazón.

—Fui un buen estudiante. Y como cualquier niño, después de la tarea, salía a jugar al fútbol con mis amigos en *Piazza Mazzini*. Te llevaré algún día.

—Quiero conocer esa plaza. ¿Y la música?

—A las clases de piano me acompañaba mi abuela, una gran concertista. Caminaba con ella hasta la casa de la profesora María y juntos repasábamos las partituras antes de cada lección.

—¡Las abuelas son todopoderosas! Yo también tuve una así. Nos escapábamos a la plaza de la barranca a alimentar a las palomas. La extraño tanto desde que murió. Las abuelas son mágicas. —Isabel también reveló su interior. Sentía que ese hombre le despertaba nostalgias entrañables.

—Un regalo, diría yo.

—¿Todavía tocás el piano?

—Por supuesto, el viejo *Geissler* de mi abuela es un legado de familia. Lo tengo en mi casa y lo toco cuando tengo una pena atrapada o una gran pasión.

—Y así honrás su memoria y reconocés el valor de su presencia en tu vida.

—Admiro a las mujeres inteligentes, sensibles, luchadoras. Tú cuentas con todas esas cualidades, *cara*.

—¡Ja! Gracias por el halago. Ni siquiera me conocés.

—Es lo que veo en ti y me basta. —Marco hizo un gesto levantando una de sus cejas en señal de afirmación.

Isabel había crecido con todos los ojos puestos en ella. A su manera, iba por la vida, como él, envuelta en batallas internas y con un alma rebelde que asomaba.

A punto de pedir otra cerveza, los sorprendió un joven con melena ensortijada y aire exaltado que caminaba hacia ellos.

—*Scusami Marco*. Pero tenemos que irnos. ¡Ahora!

—Pietro, no seas descortés. Déjame presentarte a la amiga de Anna. Ella es Isabel, acaba de llegar de Argentina. —Marco interrumpió a su amigo a pesar de haber detectado la urgencia de su voz.

—Discúlpeme, señorita. Pero esto es importante. ¡Por favor! Debemos ir a la casa de Carlo. *La Sapienza* está tomada por la

Policia y mañana marcharemos desde *Piazza Spagna* hasta las laderas de *Il Parioli*. —Pietro continuó exaltado, repasaba el plan con claridad a pesar del ritmo acelerado de su voz.

—¿Mañana?

—¡Olvidate de Turín y de Milán! Eso fue sólo un murmullo. ¡Esta vez sí que nos oirán! —Continuó eufórico. Apenas miró a la compañera de Marco poseído por la marcha que se gestaba.

—*Scusami cara*, nuestro paseo tendrá que esperar. ¡Tenemos que irnos! —Marco le explicó a Isabel el cambio de planes y no dudó en llevarla con él.

—¿Adónde?! No he estado en una marcha jamás en mi vida, ni en ninguna asamblea de este tipo, no sabría cómo empezar a ayudar —resaltó confundida por el clima de agitación que percibía.

—Sólo agárrate con fuerza de mi cintura. Nada malo va a ocurrirte. ¡Te lo prometo! —Marco la tomó de la mano y la ayudó a subirse a la moto.

—Al menos quiero saber adónde vamos, *ti prego*. —Apoyada contra la espalda de él, gritó producto de la adrenalina y la velocidad. Trepada al *motorino*, se dejó acariciar por el viento de la noche. Percibía que no estaba metiéndose en algo simple. Sin embargo, la convicción del joven romano la confundía. Y aunque recordó la advertencia de su padre, no se detuvo. Supo que estaba en el bando incorrecto a los ojos de Bernasconi y no le importó.

El viaje en motocicleta fue corto. Llegaron a una calle con poco movimiento a pocas cuadras del bar, en el barrio de San Lorenzo.

—Marco, llévame con Anna. Mañana te acompañaré, pero esta noche quiero volver. *Ti prego*. —Isabel se negó a bajar de la *Vespa*. No se atrevió a entrar en la casa de Carlo. Deseaba escaparse de tantos jóvenes vehementes y desconocidos.

—*Va bene, cara*. —Marco obedeció en cuanto pudo ver el miedo y el desconcierto en los ojos de ella. Volvió a pisar el pedal de arranque y retomó el camino hacia el departamento de *Della Vittoria*. Sólo

se limitó a repasar en voz alta el itinerario del siguiente día—. *Senti*, mañana Roma se paralizará, puedo imaginarlo. Caminaremos hacia *Piazza Spagna*. Pasaré por las dos como a las ocho.

—¿Y mi trabajo? —Isabel siguió preguntando, todavía en *shock*. Estaba ante la primera marcha estudiantil de su vida, pero no olvidaba sus responsabilidades.

—En el diario te agradecerán tu participación, podrás cubrirlo como una profesional. Y ponte tus *blue jeans*. —Le tomó la cara y la besó de costado casi rozándole los labios. Enseguida volvió a subirse a la moto.

Isabel se quedó unos minutos en la vereda presa de la confusión y con su mano sobre la mejilla izquierda. Entró al departamento y encontró a Anna dormida en el sillón. La tapó con una manta y fue a la cocina por algo fresco. Vio una nota escrita en lápiz junto al teléfono. Desde el diario le indicaban que no se presentase al día siguiente. No había quién se ocupara de su pasantía. Aquel mensaje puso fin a sus dudas.

Ese viernes primero de marzo, las amigas estuvieron listas a las ocho en la vereda. Las dos calcadas: *blue jeans*, poleras de cuello alto y botas. Isabel levantó su cabeza y vio que Marco doblaba la esquina, secundado por Pietro y Carlo. Unos diez jóvenes más, incluidos el amigo de Anna del balcón y Francesca los seguían. Traían en sus manos portadas emblemáticas de *l'Unità* pegadas en carteles y caminaban con la mirada al frente, sin titubeos, como quien recluta un ejército a su paso.

—*Andiamo!* Que nos queda un largo trecho todavía. Cruzaremos por el *Ponte Margherita*. —Marco definió el recorrido, dirigía al grupo con tono circunspecto, ordenaba el camino.

—*Senti*. No sé si puedo hacer esto, ni siquiera pude estudiar con detalle de qué se trata. —Una vez en *Piazza Spagna*, Isabel se sintió intimidada por los miles de estudiantes congregados y la euforia del ambiente.

—Esto no se estudia, *cara*. Ya eres uno de nosotros, aunque no te des cuenta. No te separes de mí, en ningún momento. Será una marcha pacífica, pero no debemos bajar la guardia nunca. —Marco buscó calmarla con un apretón en la mano mientras la invitaba a marchar.

En cuanto llegaron con la comitiva a la Facultad de Arquitectura en *Valle Giulia*, en las laderas de *Il Parioli*, tuvieron que enfrentar los cordones policiales en un ambiente caldeado.

—Cuidado. ¡¿Lo conocen?! ¡Lo van a matar! —Isabel gritó aterrorizada ante un grupo de oficiales que apartaban a un estudiante y lo golpeaban.

—*Marco, vieni!* ¡Ahora! —Pietro gritó, cargado de ira, mientras se sumaba a otro grupo decidido a romper las filas uniformadas y entrar a la facultad.

—*Cara*, ¡no te muevas de aquí! —Marco le exigió a la argentina que lo esperase resguardada en una de las columnas laterales.

—Voy con vos —dijo en voz tan baja que él ni llegó a escucharla. Isabel marchó entre lluvia de pedradas de los manifestantes hacia la Policía. Mientras avanzaba a paso firme vio retroceder a una parte del grupo que desistía de la misión a golpes de bastón. Aturdida y asustada, sintió un tironeo brusco en su polera y un brazo la arrastró hacia las escaleras del edificio. Era Marco. Miró a los costados y vio jóvenes tirados, furgonetas incendiadas y el suelo sembrado de piedras. Los gases lacrimógenos en el aire la confundían. Giró la cara para esconderse contra el pecho de él. Cuando volvió a mirar hacia la calle vio el equipo de fotografía desparramado en los adoquines y, a unos metros, a Pietro tirado con la cabeza llena de sangre. No pudo contener el grito de espanto que brotó de su garganta.

Los diarios del sábado hablaron de quinientos heridos entre los cuatro mil jóvenes que marcharon desde *Piazza di Spagna* y de más de doscientos detenidos. Las portadas mostraban a

estudiantes con carteles de “Poder estudiantil” y “Fuera la Policía de la universidad”. *Valle Giulia* fue un punto de inflexión para el movimiento estudiantil italiano y para la inocencia de Isabel que vivió allí su primer enfrentamiento con la Policía.



